

Título	Elogio de la poesía o el sabor de la manzana (fragmentos)
Autor/a	Luis García Montero
Publicación/Institución	La Estafeta del Viento. Revista de poesía de la Casa de América nº1. Primavera-Verano 2002
Dirección Web	

No creo que haga falta defender la poesía ante enemigos que procuren su desaparición. La muerte de la poesía, tantas veces anunciada, suele coincidir con el espectáculo literario y particular de sus resurrecciones. La poesía juega a besar los labios de la muerte porque necesita el otro beso, el de los labios que murmuran "levántate y anda". El elogio de la poesía no es un ejercicio de legítima defensa, sino una justificación de su sentido, una toma de conciencia del espacio simbólico que ocupa en nuestras sociedades. Porque la poesía se transforma, se hace viva y actual, en la búsqueda de sentido.

Percy B. Shelley escribió su *Defensa de la poesía* bajo el tumulto social y cultural del Romanticismo, esa primera gran crisis abierta en el interior de la ideología moderna. La imaginación y el sentimiento lírico daban respuesta a las traiciones de la razón y de la técnica, porque las ciudades industriales incumplían sus promesas de felicidad. El espíritu calculador estaba haciendo más pobres a los pobres y más ricos a los ricos, mientras cancelaba inevitablemente la belleza de la vida. Por eso el demonio de Milton regresaba para asumir el prestigio de la lucha contra la fatalidad, llevándose a los márgenes oscuros de su infierno el patrimonio intelectual de las desesperadas vitalidades humanas. Mientras perdían la corona cívica, los poetas dejaron sin leyenda espiritual a los artesanos y a los razonadores.

Podemos abordar ahora una nueva defensa de la poesía, con las matizaciones y las perspectivas abiertas por dos siglos de historia. Los herederos de Shelley conocen los resultados y las consecuencias de su fuego, por lo que deben también responder a las nuevas exigencias de su realidad, al interrogatorio que provoca en la cultura actual su creación de sentido. Las personas interesadas en la poesía no necesitan ningún tipo de explicación sobre las conmociones intelectuales y las reflexiones sentimentales que un buen poema puede provocar, porque de sobra conocen aquello que han tenido la oportunidad de experimentar en su propia conciencia. Y necesitan mucho menos una explicación sobre el lugar simbólico que ocupa la poesía en la sociedad contemporánea. Pero estas explicaciones quizás no les resulten inútiles a los esforzados y victoriosos defensores del pragmatismo, porque una breve visita a la poesía puede ayudarles a comprender las reglas de juego que pretende imponer su interesado y mezquinisimo sentido de la utilidad.

La poesía representa hoy el refugio intelectual de la conciencia de los individuos. Defender la poesía es tomar postura ante la liquidación de la conciencia individual en una sociedad que desencadena imperativamente procesos de homologación. Por las propias exigencias del hecho literario, la reivindicación de esta individualidad no se limita a la exaltación del sujeto egoísta y posesivo. La conciencia poética snpone diálogo con el otro y con lo otro, reconocimiento personal en las otras voces y en la distancia que debemos asumir ante nuestra propia voz. Ya sé que la

utilización de la palabra conciencia necesita un debate amplio, porque la tradición cultural acostumbra a identificada con los prejuicios y los intereses de una sociedad determinada, sobre todo cuando quieren vestirse con el disfraz de la condición humana y de los valores universales. No voy a entrar ahora en esta discusión, y me limito a pedir, nada más y nada menos, que se me conceda la gracia de utilizar la palabra conciencia en un sentido concreto: la capacidad de los ciudadanos para mantener la libertad intelectual y la singularidad individual en medio de los arrasadores procesos de homología que constituyen la sociedad contemporánea. En este sentido, la defensa de la poesía tiene hoy más que ver con la conciencia que con el sentimiento o con la divinización de la belleza. Su fuego, también desesperado, debe iluminar los cálculos y las pasiones de un exigente proceso intelectual.

[...]

Madrid, abril de 2002